

EXPOSICIONES | Galería Isabel Aninat, Goethe Institut y Galería Cecilia Palma:

EL MERCURIO
DOMINGO 16 DE DICIEMBRE DE 2001

En torno al objeto

WALDEMAR SOMMER

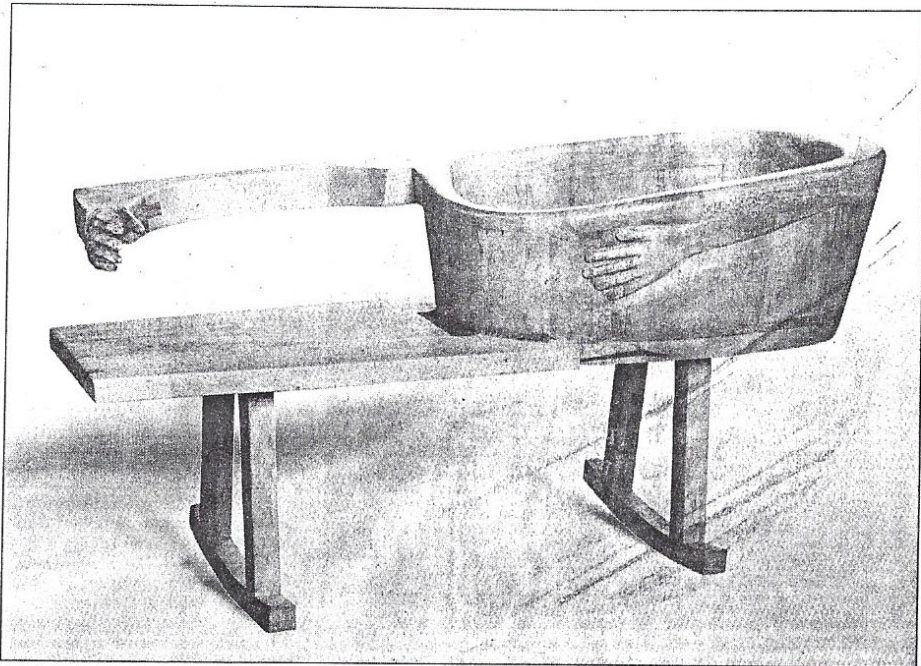
Ya a comienzos del siglo pasado Marcel Duchamp hizo del objeto corriente, funcional, producido industrialmente, material flamante de arte. Pero si el gran innovador francés lo usó en su estado original, a intervención decisiva lo sometió el dadaísmo. Más adelante, el pop art agregó una mayor complejidad manipuladora, mientras los nuevos realistas introdujeron en él expresividad crítica. Una concurrencia de objetos variados constituye, asimismo, la instalación y su posible contenido conceptual.

Empleos diversos de aquel ingrediente arribado a las artes visuales, en la época contemporánea, realizan dos exposiciones colectivas y una doble de estos días en Santiago. Respecto de la última, Galería Isabel Aninat propone la producción más reciente de los escultores Iván Daiber y Pilar Ovalle. A primera vista, lo expuesto por el primero de ellos aparenta una reconstrucción del Rauschenberg inicial. La presencia de gallinas embalsamadas sobre carretilla y sobre escalera lo proclama. Otros trabajos resultan bastante heterogéneos y sus componentes, por forma o sustancia, no llegan a amalgamarse entre sí —“Pedal de niño”, “Lámpara de ubres”, “El autor”, por ejemplo—; tampoco falta la apropiación, aunque con menor inventiva, de elementos aportados por cierta expositora extranjera de hace algún tiempo: “Traje con ubres de vaca”. Si bien, globalmente, deja ver hoy día el expositor síntomas claros de desorientación creadora, unos cuantos testimonios suyos resultan todavía capaces de mantener la gracia maliciosa y juguetona de toda su producción anterior. Tenemos, así, “Coche con huevos” y la armonía de su cromatismo y materiales; el simpático “Espejo y colgador”; “Colgadores de ropa interior”, con la elegancia de sus ingredientes.

En el subterráneo del mismo local de Vitacura, Ovalle se muestra segura de sí misma y más interesante que su colega ocasional de galería. Constituyen el fuerte de ella la factura cuidadosa de sus maderas, a menudo trabajadas con verdadero primor; su fantasía figurativa y de rasgos oníricos; su humor visceral. No obstante, tampoco faltan realizaciones de temática poco clara y a las que

A Tatiana Álamos le basta su par de contribuciones para alcanzar el nivel de calidad más alto dentro de lo mostrado en galería Cecilia Palma.

afecta un exceso de complejidad formal: “Caja secreta”, “Caja sorpresa”, “Lámpara”. Por el contrario, lucen su belleza funcional varios volúmenes. En especial, la barroca “Panera” —cómo debe ser, igualmente atractiva por delante y por detrás—, “Lavamanos”, “Mecedora”, “Campana”. Se ofrecen también algunas piezas tridimensionales en cuero y tela. Ahí



“MECEDORA”.— Obra de la escultora Pilar Ovalle, quien actualmente exhibe en galería Isabel Aninat.

Dos exposiciones colectivas y una doble hacen del objeto, proclamado por Duchamp como más novedoso material de arte, razón de ser de una serie de trabajos artísticos.

se integran, asimismo, escultura pura, objeto utilitario y accidente inesperado —no lejano éste del ámbito de lo maravilloso.

Dos exhibiciones de grupos

Objetos y materias más o menos extrañas a su obrar habitual han empleado los once artistas reunidos por Galería Cecilia Palma. Simpática y atractiva exposición, sin duda, pese a la inevitable desigualdad de logros obtenidos. Eso sí, atenta contra el equilibrio general el aspecto cuantitativo del conjunto: no participa cada uno con un número similar de trabajos. En todo caso, a Tatiana Álamos le basta su par de contribuciones para alcanzar el nivel de calidad más alto dentro de lo mostrado. En especial, a través de su original y muy hermoso caballito-trampa, basado en el mito griego. Madera pintada —cerúleos, rosas, plateado— y angelitos kitch precipitan la más encantadora unificación de escultura y objeto, de ingenua artesanía popular y de refinamientos de alto vuelo.

La mesa de Matías Vergara, entretanto, proyecta un halo surrealista con su colorido y los actores concurrentes —sobre todo, la mancha azul protagonista. Quien nos depara una sorpresa grata es Patricia Ossa. Su muy convincente doble volumen nos entrega una pareja venida desde los viejos tiempos, plena de dinamismo y de humor delicioso. En especial se hace admirar la imagen excelente que encarna la mujer del dúo. Esperamos de la autora realizaciones tridimensionales como éstas, que bien poco vínculo tienen con su labor pictórica. Los aportes de Hugo Marín y de Ismael Frigerio derivan de su producción última. Luminosa, una multicolor nave encallada representa al segundo de ambos, mientras del primero hallamos un interesante “diariero” en blanco y negro.

La joven Julen Birke participa con

uno de sus lúdicos y característicos grupos abstractos en bloques de tela, en tanto que Francisco de la Puente lo hace, ante todo, mediante unas cucharas de palo provistas de ilusionistas amarras de sólo pigmento. De Hernán Puelma cabe preferir la mayor unidad expresiva y formal de su figura en mimbre sobre silla metálica. Si Omar Gatica se manifiesta a través de una amplia alfombra en amarillos, Keka Ruiz-Tagle vuelca su iconografía en una serie de platos murales y Ana María Romera, en sus acostumbradas “gordas” de cuerpos pintados.

Concurran al Goethe Institut cuatro autores bastante menos conocidos del público que los anteriores. También se valen de objetos como ingrediente esencial de sus ejecuciones. Las conquistas obtenidas, sin embargo, aparecen sumamente desiguales. De ellos, mucho interesa Víctor Hugo Bravo. Es el más coherente, en los aspectos formal y expresivo, de los cuatro. Su instalación consta de utensilios vulgares, los cuales emergen disfrazados, uniformados con pintura de ocultamiento militar. De ese modo, un inofensivo escritor se tiñe de brutalidad guerrera y se torna capaz de decidir, aludiendo a un lema patrio, destrucción y muerte.

Como otros dos autores nacionales —Purdy y Schopf—, Antonio Becerro recurre a animales embalsamados. En la cita del Instituto Goethe convence mejor con su perro sarnoso, pero oníricamente techonado por mariposas. La correcta construcción de Gonzalo Rabanal, en cambio, se muestra del todo crítica, sin permitir que entendamos su mensaje. Rafael Insunza, por último, nos propone un callejero kiosco de revistas y diarios. En éstos, las portadas aparecen intervenidas con poca gracia, con humor grueso y al servicio de una demasiado evidente orientación ideológica.